

Libreros

Jesús ARANA PALACIOS

En la *Batalla de Waterloo* el editor Rafael Borrás cuenta algunas sabrosas anécdotas de una época de su vida en la que trabajó como librero. La censura era, estamos hablando de los años cincuenta y sesenta, el gran caballo de batalla de escritores, editores y libreros. No es cosa ahora de minimizar el riesgo y de tomar a la ligera la postura de algunas personas que se jugaban mucho para burlar el celo de los censores. Lo cierto es que había quien escribía cosas que, según los *torquemadas* de la época, no debían escribir; editores que conseguían que esas cosas se publicaran y libreros que las hacían llegar a las manos de los lectores. Pero no a las manos de todos los lectores: había que ganarse su confianza. “Las arbitrariedades de la censura, como la prohibición de *La colmena*, —escribe Rafael Borrás— creaba situaciones kafkianas. Al año siguiente de su publicación en Buenos Aires, en los cursos de verano para extranjeros en la Universidad de Barcelona, Antoni Vilanova recomendaba a los alumnos la lectura de la novela de Cela; librería tras librería se les informaba, sin aclarar las causas, de que no se disponía de ejemplares, por lo que proseguían su peregrinaje hasta dar con Casa del Libro, donde nos apiadábamos de ellos y les explicábamos que su difusión estaba prohibida; si no tenían cara de tontos se les facilitaba su adquisición... Aunque fueron pocos los ejemplares de *La colmena* que llegaron a Casa del Libro, y que, lógicamente, se vendían sólo de tapadillo, a clientes de toda confianza...”¹.

71

En una época en la que prácticamente se ha hecho realidad aquel sueño de los pioneros de la documentación sobre la “disponibilidad universal de las publicaciones”, cuesta creer que los libreros tuvieran el enorme poder de permitir o denegar el acceso al libro a veces por las razones más caprichosas. Héctor Yánover cuenta en sus memorias la historia de un librero de Buenos Aires, Don Marcos Sigman, dueño de la librería Fray Mocho, que seguía la tradición de atender sólo a quién le caía bien. “Recuerdo haber estado una tarde que un señor le pidió *Cuerpos y almas*, que era el best seller del momento —cuenta Yánover— Don Marcos hizo como se fijaba y le dijo que no lo tenía. Después de irse el cliente [le pregunté]: —¡Don Marcos, no me diga que no tiene *Cuerpos y almas*. Con una sonrisa pícara, se inclinó sobre el estante y me mostró el libro. ¿...? Es que ese no era cliente mío”².

Ha habido libreros así; libreros para los que los libros son infinitamente superiores a las personas. Para ellos los clientes son algo que se ven obligados a soportar de mala gana porque en el fondo su única aspiración es a vivir sólo entre sus libros, sin nadie que les moleste. Es

1. Rafael BORRÁS, *La batalla de Waterloo: Memorias de un editor*, Barcelona, Ediciones B, 2003.

2. Héctor YÁNOVER, *Memorias de un librero escritas por él mismo*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1994.

una tendencia que, más o menos latente, habita en muchas personas relacionadas con el mundo del libro. Un caso extremo lo relata también Héctor Yánover. Don Constantino Caló era un librero de la calle Sarmiento de Buenos Aires que entró en el negocio por casualidad y terminó atrapado por su misterio. Fue llenando su tienda de libros. Las estanterías se le quedaron pequeñas, amontonó pilas de libros en los pasillos, sobre los mostradores, en todos los sitios. Como en Casa tomada, el cuento de Cortázar, tuvo que ir cediendo su propio espacio y el espacio de los clientes para poder meter más libros. Él cada vez corría su silla más cerca de la puerta de la calle y, terminó sentado en la acera. Cada vez que un cliente preguntaba por un libro se sumergía como un submarinista en la tienda y en pocos segundos volvía con el libro solicitado, aunque, eso sí, sólo si el cliente era de su agrado. Y Añade Yánover: “No te cuento lo que era el escaparate. Polvo, un polvo negro y espeso cubría todo menos el nombre, la Incógnita”³.

Escaparates

El escaparate es lo primero que distingue a un librero preocupado sólo por los libros de un librero preocupado además por los clientes y por el mundo⁴. Ha habido librerías que han sabido ser catalizadores en un lugar y un momento concretos de las fuerzas que les rodeaban. Librerías comprometidas con la realidad que les circundaba, que han estado en la arena. Y eso se nota desde el mismo escaparate. Ahí está el ejemplo de François Maspero, el librero por excelencia en el París de los años sesenta. En su novela “La Higuera”, de clara inspiración autobiográfica hay un pasaje en el que nos habla del escaparate de la librería del protagonista. “Abiertos a una calle muy transitada, dispuestos a la entrada de un lugar tan concurrido, los escaparates de La Vigía desempeñan, dentro de sus limitaciones, el papel de primera plana de un periódico con sus titulares, ilustraciones y textos: Manuel los renueva con frecuencia. Quiere que puedan leerse y no sólo mirarse. Sólo

72

3. Héctor YÁNOVER, *op. cit.*

4. Ahora que por primera vez las bibliotecas públicas disponen de locales que nada tienen que envidiar a las librerías (pienso en la de Yamaguchi, por ejemplo), podemos preguntarnos por qué despreciamos un espacio —el de los escaparates— que las librerías cuidan de manera tan especial. Ya en los años treinta se maravillaba Pedro Salinas de que algunas bibliotecas públicas norteamericanas lucieran unos atractivos escaparates. “La biblioteca esta de Baltimore, —escribe en su ensayo *Defensa de la lectura*—, tiene por singularidad otro rasgo, igualmente derivado de su básica concepción generosa. Es de los que más suele sorprender al forastero, y a menudo promueve discusiones sobre su acierto. En la fachada principal de su severo edificio toda la planta baja despliega escaparates. En cada uno se muestran al transeúnte libros ordenados por temas, generalmente de actualidad. El centenario de un autor dará, por ejemplo, ocasión a que se reúnan algunos libros o documentos a él concernientes; la aproximación de las vacaciones brinda motivo para exponer libros de lectura fácil, de temas de naturaleza... Y un poco más adelante añade Salinas: Por muy ruda y tajante que suene la expresión, un escaparate es como decía mi niñera, con su inflexible moral castellana, al verme parado delante de los de la juguetería de la plaza Mayor, de Madrid, un sacadineros. Y he aquí que la Pratt Library invierte la ética del escaparate; porque atrae la miradas y encandila las inclinaciones para entrar en un establecimiento donde le será ofrecida ocasión no de ver mermada, en cuantía mayor o menor, su hacienda [...] sino oportunidad amplísima de llevarse lo que quiera, de salir con algo o con mucho más, y con nada menos”.

considera que le han quedado bien cuando el transeúnte se detiene algo más que el instante del simple vistazo que barre la superficie de las portadas: si se demora, descubre y descifra... En este año 1960 prepara un gran escaparate en el que lleva pensando mucho tiempo: su eje central es un dossier reunido por un argelino, un libro negro sobre la pacificación prohibido tan pronto fue editado. La idea política que sirve de hilo conductor es probablemente bastante sumaria y hasta confusa, pero Manuel no tiene la pretensión de plantear ese tipo de preguntas tan claras que incluyen la respuesta. Se trata de relacionar algunas obras que versan sobre el universo concentracionario —El estado SS de Kogan, L'Univers concentrationnaire de David Rousset, La especie humana de Robert Antelme— con una serie de folletos, fotos sobre países, épocas e historias distintas: campos de concentración franceses, en 1939 en la frontera española (una foto de gran tamaño muestra a republicanos españoles harapientos y vigilados, desde detrás de unas alambradas que domina una torre de vigilancia, por gendarmes y senegaleses con la bayoneta calada), campos de refugiados palestinos, para desembocar en los campos franceses de Argelia... Nada sobre campos soviéticos. ¿Amalgama? Al menos, piensa Manuel, que eso haga pensar: el escaparate de una librería no es necesariamente el centro de las verdades eternas. ¿Espera reacciones? Las primeras son únicamente incomodidad y silencio. O indiferencia⁵.

Pero el compromiso de los librereros no sólo ha sido con causas políticas. A veces la misión aun más ambiciosa que se encomendaron a sí mismos fue la de luchar contra los prejuicios y hacer posible un cambio en la mentalidad de su época. Gracias a su tenacidad, a su compromiso personal, y a que antepusieron los valores culturales de los libros que vendían a sus propios intereses económicos, el público lector pudo ir accediendo a la obra de autores de la talla de James Joyce, Hemingway, Henry Miller, etc. Nunca se valorará suficientemente en este sentido el papel que jugaron en los años veinte Sylvia Beach con su librería "Shakespeare and Co." en París y Frances Steloff en Nueva York con su Gotham Book Mart. También ellas daban mucha importancia al escaparate, hasta el punto de convertirlo en verdaderas obras de arte. Cuentas Frances Steloff en sus deliciosas memorias que en una ocasión Marcel Duchamp y André Breton realizaron un montaje en el escaparate de su librería a propósito del libro de Breton que acababa de salir por aquellas fechas, Arcane 17. El contenido del escaparate quedó a la libre elección de los dos artistas. Finalmente el montaje incluía un bella figura sin cabeza, de cuyo muslo sobresalía un grifo y de fondo un cuadro de Matta. Al día siguiente, cuenta Frances Steloff, antes de que hubiera tenido tiempo de examinarlo atentamente, entró el señor Sumner. "Yo me sentía tranquila, convencida de regentar la librería más pura del mundo, le saludé y pregunté cuál era el problema. 'Me han transmitido una queja', dijo señalando hacia el escaparate. 'Pero si lleva un delantal', repuse yo. 'No se trata del maniquí. Es el cuadro del fondo', replicó. 'Pero si es de Matta. Hay cuadros suyos en la colección permanente del Museo del Arte Moderno', dije. No hay nada que hacer —replicó— hay que quitarlo. Pero señor Sumner, me resulta tan imposible modificar ese escaparate como alterar una obra maestra. Lo montaron Breton y Duchamp

73

5. François MASPERO, *La Higuera*, Barcelona, Anagrama, 1990.

en persona. Déjeme salir y ver qué es lo que les molesta. ‘No se trata de mí’, dijo él, ‘es una queja que me ha llegado’. Salimos y él me señaló dos pequeñas figuras del cartel, que apenas podían distinguirse, una de las cuales enseñaba los pechos. Le dije: ‘Hay que tener la mente sucia para ver obscenidad en esto...’. Aquella tarde, tuve la idea de cubrir el punto ‘objetable’ con la tarjeta del señor Sumner, que él me había dado, y colocar una tarjeta debajo en el que con letras grandes pusiera CENSURADO”⁶.

El compromiso

Esta es otra de las características que comparten los libreros preocupados por el mundo que les rodea: a menudo han debido enfrentarse a las iras de censores y de grupos extremistas de una u otra tendencia. Incluso, como en el caso de la librería Lagun de Donosti, han concitado en una época la furia de los grupos de extrema derecha y en otra época los de la extrema izquierda. Otra vez la novela de Maspero nos da algunas claves. También el escaparate de la Vigía estalla una noche en pedazos y con él parte de la librería. En la época de la guerra de Argelia no se podían exponer impunemente informes que denunciaban las torturas y los asesinatos y que responsabilizan directamente al gobierno francés. Tienen que ser los propios clientes quienes montan guardia por las noches para evitar que los atentados vuelvan a repetirse. El compromiso queda de manifiesto de manera aun más gráfica en un pasaje donde

74

Maspero describe una manifestación de argelinos en Francia para protestar contra el toque de queda impuesto a la población argelina a partir de las nueve de la noche. “El dulce otoño acaricia los libros en los escaparates de la Vigía. Del 17 de octubre de 1961 conservaré siempre el eco del choque sordo de las porras en los cráneos: los policías golpean como leñadores: sobre hombres que titubean y se desploman. Se encarnizan con los grupos en el suelo. Manuel y yo estamos en Boulevard Saint-Michel. Veo a Manuel de pie en la calzada que hace brillar un chirimiri graso, en medio de los cuerpos tendidos, inmóvil ante el pánico de los que huyen, con el cuello del tabardo subido, las manos en los bolsillos y de cara a la embocadura de la calle Serpente invadida por una jauría de policías con cascos, porras alzadas, grita, vocifera: ‘Asesinos’. Es la única voz que oigo mientras resuenan los golpes, los golpes, los golpes. Pienso que es ridículo y admirable y que no puedo imitarlo. Vuelve un pelotón; Manuel vuelve a gritar; dos perros de uniforme levantan sus enormes palos sobre cabeza y acaso sobre la mía, ya no lo sé, Manuel no se mueve; un oficial tiende el brazo. ‘A los blancos no’, dice; yo pienso con gran convicción que en esas palabras hay algo incongruente, algo insólito y obsceno a un tiempo; y el gesto de los policías se interrumpe: nos insultan. ‘Maricas’, dice uno, ‘cabrones’, dice el otro; se van; alivio monstruoso. La carnicería sigue más arriba, hacia el boulevard Saint Germain. Un conductor de autobús ha parado para que los guardias puedan llevarse a los argelinos, hombres y mujeres, que se han refugiado en su vehículo, y vuelven a empezar los golpes, los crujidos y los lamentos... Lluvia y lágrimas en nuestras caras. Hay que retirar a los heridos más aprisa que los policías, que

6. Frances STELOFF, *En compañía de genios. Memorias de una librera de Nueva York*, Barcelona, La Rosa cúbica, 1996.

amontonan los cuerpos oscilantes en los furgones abiertos, de donde sigue llegando el ruido producido por el choque sordo de los presos aplastados contra las paredes metálicas. Llevamos varios a La Vigía. Alguna gente nos ayuda: poca. Los hombre titubean cogiéndose la cabeza con las manos ensangrentadas, los dedos aplastados. Hay que tender cuerpos inanimados en el suelo de la librería. Hay que montar guardia para prevenir la irrupción de los policías enloquecidos: estos vuelven aun para arrancarles a los camilleros, que acuden al fin, los cuerpos desarticulados”⁷.

La generosidad

Sin llegar quizá a extremos heroicos como los que describe Maspero, la vida de estos libreros de los que venimos hablando está llena de gestos de generosidad. El papel de Sylvia Beach (un papel por lo demás completamente desinteresado) fue fundamental para editar *Ulysses*, la novela de James Joyce que marcó un cambio de rumbo en la novela europea del siglo xx⁸. Ernest Hemingway recuerda así a Sylvia Beach: “En aquellos días no había dinero para comprar libros. Yo los tomaba prestado de Shakespeare and Company, que era la biblioteca circulante y librería de Sylvia Beach, en el 12 de la rue l’Odeon. En una calle que el viento frío barría, era un lugar caldeado y alegre, con una gran estufa en invierno... Nadie me ha ofrecido nunca más bondad que Sylvia. La primera vez que entré en la librería estaba muy intimidado y no llevaba encima bastante dinero para suscribirme a la biblioteca circulante. Ella me dijo que ya le daría el depósito cualquier día en que me fuera cómodo y me extendió una tarjeta de suscriptor y me dijo que podía llevarme los libros que quisiera. No había razón para que ella confiara en mí. No me conocía y la dirección que le di en el 74 de rue Cardinal Lemoine, no era para inspirar optimismo, pero Sylvia estuvo encantadora, sonriente y cordial”⁹.

75

Frances Steloff, por su parte, la voluntad de servicio la lleva a unos extremos notables. “Durante sus visitas a Nueva York yo veía a menudo a Dame Smith” escribe en otro momento de su libro, “Me llamaba casi cada día...con frecuencia necesitaba libros que estaban agotados, y siempre tuve la suerte de obtenerlos, o de podérselos encontrar. En una ocasión necesitó Shakespeare de Froude. Era sábado, y la mayoría de las librerías estaban cerradas. Llamé a las que estaban abiertas, pero en ninguna tenían el libro. Sabiendo la urgencia con que lo necesitaba llamé a mi amigo Herbert Cahoon, que se encargaba de la sección de libros raros de la Biblioteca Pública de Nueva York. Le pregunté si lo tenían en los anaqueles. Lo tenían, pero puesto que yo no era socia, no podía llevármelo en préstamo. Yo estaba dispuesta a robar si era necesario. Pero él me hizo el carnet de modo inmediato. Entonces lo único que quedaba era llevarle el libro. ‘Sería tan amable de llamar a un mensajero —pregunté— y enviármelo’

7. François MASPERO, *op. cit.*

8. Una detallado relato de la relación de Sylvia Beach y James Joyce se puede leer en: Noel Riley FITCH, *Sylvia Beach y la generación perdida*, Barcelona: Lumen, 1990.

9. Ernest HEMINGWAY, *París era una fiesta*, Barcelona, Seix Barral, 199–.

lo a Edith Sitwell, hotel St. Regis?’ Y así lo hizo”. A veces esta voluntad de servicio llega a ser pura filantropía e incluso mecenazgo. “En una ocasión, escribe, Edmund Wilson me llamó y me preguntó si podía enviarle doscientos dólares a John Dos Passos, que los necesitaba porque su hipoteca estaba en juego. Giré el dinero a Dos Passos, y pocos días después recibí el voluminoso manuscrito hológrafo de *Manhattan Transfer*, con una nota en la que me lo ofrecía como garantía para apaciguar cualquier preocupación que yo pudiera tener. Posteriormente, me llegó una nota de Edmund: ‘eres un ángel por haberle enviado ese dinero a Dos Passos. Espero que no te cause dificultades’. Él estaba lejos de sospechar que aquél era el dinero que yo ahorra para pagar el alquiler”¹⁰.

En ocasiones la generosidad cambia de signo y son los clientes quienes muestran un desprendimiento admirable. Y aquí no podemos menos que recordar esa pequeña maravilla de Helene Hanff 84, Charing Cross Road que recoge la correspondencia de unos librereros ingleses y una cliente americana, guionista y autora de textos teatrales y de libros infantiles. A través de las cartas que cruzan el océano en un y otra dirección vemos como se va entretejiendo una entrañable historia de amistad, de generosidad y de agradecimiento. La serie de cartas da inicio en octubre de 1949, en plena postguerra. En Inglaterra están atravesando momentos realmente difíciles y Helene empieza por tener algunos detalles con unas personas a las que, hasta ese momento, sólo le unía una relación comercial. Leamos sólo la carta del 20 de diciembre de 1949 porque da idea del tono de respeto de todo el conjunto: “Querida señori-

76

ta Hanff: sólo unas letras para decirle que su regalo ha llegado hoy y que su contenido se ha repartido entre todo el personal de la librería. El señor Marks y el señor Cohen han insistido en que los dividiéramos entre nosotros, sin incluir a los ‘jefes’. Quiero que sepa también que todo lo que había dentro de su paquete son cosas que no se encuentran aquí o sólo se pueden conseguir en el mercado negro. Ha sido muy

amable y generoso por su parte haber pensado así en nosotros, y le estamos todos vivamente agradecidos”¹¹.

El fondo

Hay un aspecto fundamental en la labor de un librero que comparte en un extremo con el editor y en el otro con el bibliotecario: me refiero al cuidado con el que debe elegir el fondo que propone a sus clientes y usuarios. Algunos editores suelen decir que el libro que ellos escriben a lo largo de sus vidas es el catálogo de su editorial; y lo cierto es que otro tanto pueden decir los librereros y los bibliotecarios. Formar un buen catálogo para unos y para otros es tener criterio para discernir las obras de calidad y buscar la coherencia del todo; lo que les diferencia en todo caso es la naturaleza de los textos con los que trabajan; disponen, para decirlo en términos estadísticos, de universos distintos para tomar muestras, pero por lo demás es fácil para librereros y bibliotecarios identificarse con las afirmaciones de algunos editores y

10. STELOFF, Frances, *op. cit.*

11. Helene HANFF, *84 Charing Cross*, Barcelona, Anagrama, 2002.

hacerlas suyas como guías para su propio trabajo¹². Gabriel Zaid en un reciente artículo publicado en la revista *Letras Libres* se refiere a estas similitudes y en concreto dice respecto a la elaboración del catálogo que lo “importante es la fisonomía del conjunto, con respecto a cierto tema, criterio, localidad, clientela. Una buena librería o biblioteca puede ser tan congruente como una editorial de prestigio, y en escala mayor, porque puede ofrecer títulos afines de muy diversas editoriales, cosa imposible para el editor”¹³.

Frances Steloff en las últimas páginas de su libro, y a modo de recapitulación, se preguntaba por las razones que diferenciaban a la Gotham de cualquier otra librería, y ella misma se responde que un factor, del que ya hemos hablado, es el servicio y otro es su preocupación por tener libros que los clientes, de un modo natural, esperarían encontrar dentro de su campo de especialización: esa es la coherencia del fondo. Y esto es algo que debió conseguir a juzgar por la afirmación de un crítico tan exigente como Cyril Connolly: “No he visto nunca bajo un mismo techo tantos libros que me apeteciera leer”, decía refiriéndose a esta librería. En estos momentos en que se suceden las avalanchas de novedades, esta capacidad para seleccionar que lleva implícita una recomendación, adquiere una importancia cada vez más destacada. Como en estas líneas nos hemos propuesto detenernos en ejemplos extremos (por lo que tienen también de simbólicos) no está de más recordar aquí la iniciativa del escritor italiano Alessandro Baricco, de la que daba cuenta Mario Vargas Llosa en un artículo publicado hace algún tiempo: “La última de las invenciones de Alessandro Baricco en su inexorable combate a favor de la literatura es una librería. Se halla en el centro de Turín, en una esquina de la Piazza Bodoni, y es pequeña, de apenas cien metros cuadrados. Una frase de Nora Joyce a su célebre marido recibe a los visitantes: ‘¿Por qué no escribes libros que la gente entienda?’. La librería de Baricco ha sido concebida de tal modo que todos los libros que en ella se venden resulten accesibles a sus compradores, porque cada uno de ellos viene acompañado de un padrino (o una madrina) que los describe, explica y promueve a lo largo de tres minutos, en unas grabaciones que los potenciales compradores pueden escuchar en unos auriculares, como en las tiendas de discos. Para que esto sea posible —que cada libro reciba ese tratamiento deferente y especial que lo recomienda al comprador— se ha fijado un tope de libros puestos a la venta: veintiocho, ni uno más. Este número es inflexible, pero los títulos no: cada mes se renuevan diez, que vienen, asimismo, elegidos, descritos y promocionados por una persona. Quienes eligen se renuevan también, naturalmente. Son traductores, escritores, críticos, pero la idea no es que estas 28 personas salgan exclusivamente del ámbito intelectual. Serán gentes procedentes de distintos medios y actividades, con afición por la lectura, un cierto gusto, y capaces de desarrollar de viva voz en tres minutos unas razones claras y persuasivas por las que el libro que recomiendan debería ser leído....No hay limitación alguna —ni de género, ni de época, ni de lengua— en la selección de los 28 afortunados volúmenes huéspedes de la librería ideada por Baricco.

77

12. “Editar”, dice Samuel Fischer, “es obligar al lector a aceptar nuevos valores que no desea”; “Editar es una forma de pedagogía, una suerte de arte de la seducción” (Manuel BORRÁS).

13. Gabriel ZAID, “Constelaciones de libros”, *Letras Libres*, n. 24 (septiembre 2003).

Algunos ejemplos de esta primera selección dan una idea de la variedad de la oferta: Las confesiones de Jean Jacques Rousseau, cuentos de Charles Bukowski y novelas de Alberto Savinio, Philip Roth, Jorge Ibarguengoitia, William Vollmann, Virginia Woolf, Georges Simenon, Serena Vitale, Joao Guimaraes Rosa, Antonio Moresco, Sebastian Junquer, Antonia S. Byatt, entre otras. Mi insistencia en averiguar si esta original librería minimalista estaría en condiciones de sobrevivir económicamente provocó entre los amigos embarcados en la aventura de la Piazza Bodoni bastantes sonrisas y algún bostezo: sí, sobreviviría. En todo caso, el éxito económico no era su objetivo primordial. Más bien el de sentar un ejemplo susceptible de ser imitado¹⁴.

La atmósfera

En ocasiones lo que hace memorable a una librería no es tanto la buena selección de sus fondos o lo exquisito del servicio sino un ambiente que la hace especial. Quizá tenga que ver con el gusto de los libreros por la decoración, o quizá no. Un caso extremo es el de las librerías de exiliados que han sabido conservar entre sus estanterías algo del aire de la patria perdida. A menudo estos locales han sido puntos de encuentro, antídotos contra la nostalgia y semilleros de lucha. Ahí tenemos la librería de Ruedo Ibérico de París. Muchos eran los que iban hasta allí atraídos por el prestigio de una editorial-librería que se había ganado el apodo de Meca del antifranquismo¹⁵. O la librería Arana de México sobre la que Otaola escribió un

78

libro en el que, entre cientos de anécdotas, se puede leer: “En la librería Arana se piensa mucho en España. Se arman los grandes follones polémicos y se mezcla política con literatura. La librería de Arana no sirve para vender libros ni para vender nada. En ella hay un horno donde entran en combustión las ideas vivas de la inmigración. Nunca en oiréis ‘¡qué poco se ha vendido hoy!’, sino ‘¡qué poco se ha discutido hoy!’. Porque lo natural en su balance diario es que se discuta mucho y se salga con la cabeza caliente”. Y en otro momento escribe: “La librería está impregnada de la sabiduría que se derrama de los libros que nunca se venden. Los inmortales vigilan de día, y de noche ponen en orden la divina locura de los españoles desterrados¹⁶”.

Cabría preguntarse por qué las librerías tienen ese atractivo para los desterrados porque, sea cual sea el motivo, lo cierto es que parece ser así. En un artículo precioso que Alberto Manguel escribió en *Letra Internacional* y donde rememoraba las librerías de su vida. Escribe: “Estos comercios [se refiere a las librerías de viejo de la calle Corrientes] eran manejados por hombres y mujeres tan polvorientos como sus inventarios, que se refugiaban en un pequeño cuarto al fondo de la tienda, donde tal vez también dormían. Muchos eran inmigrantes europeos: revolucionarios italianos, intelectuales judíos, anarquistas españoles, para quienes el mundo de la guerra había destruido conservaba algo de coherencia, de verdad y de belleza entre las

14. VARGAS LLOSA, Mario: *El cuento de nunca acabar*. El País, 2000.

15. Albert FORMENT, José Martínez: *la epopeya de Ruedo Ibérico*, Barcelona, Anagrama 2000.

16. OTAOLA, *La librería Arana: Historia y fantasía*, Madrid, Ediciones del imán, 1999.

ajadas cubiertas de los libros... Años más tarde, la dictadura militar (que como toda dictadura raramente se ensaña con plomeros o contadores) persiguió a muchos de estos librereros, los encarceló, los torturó, los asesinó o los obligó a exiliarse¹⁷.

Los clientes

Los librereros, y sobre todo los que escriben sobre su trabajo o han dado motivo para que otros escribieran, suelen presumir de sus clientes. Por la librería de Sylvia Beach pasaron James Joyce, Paul Valéry, André Gide, T.S. Eliot, Thornton Wilder, Ernest Hemingway, Ezra Pound¹⁸; en la librería Pygmalion de Buenos Aires se podía ver a escritores extranjeros que visitaban la ciudad como Graham Greene y Stephen Spender y, por supuesto los escritores de allí: Ernesto Sábato, Victoria Ocampo, Eduardo Mallea, Jorge Luis Borges¹⁹; las paredes de la Gotham Book Mart vieron desfilar a Gertrude Stein, William Carlos Williams, Henry Miller, Edmund Wilson, André Breton²⁰; la librería Arana de México tenía como clientes a Niceto Alcalá Zamora, Ernestina de Champourcin, Juan José Domenchina, León Felipe, Manuel Altolaguirre, Antoni Espina, Ramón Gaya, Rodolfo Halffter, José Bergamín, Marcel Bataillon, García Bacca, Agustín Millares Carlo, Max Aub...²¹.

Colofón

Casi todos los librereros de los que hemos hablado en estas páginas son por alguna razón excepcionales. Con estos casos extremos hemos tratado de delimitar el territorio donde se mueven la mayoría de los librereros. No se trata de sacar a los clientes de la librería, como hacía don Constantino Caló, para meter más y más libros; ni de sacar prácticamente todos los libros para meter sólo clientes, como hace Alessandro Baricco. No se puede pretender de los librereros la generosidad de Frances Steloff, que dejaba de pagar su alquiler para darle el dinero a escritores con problemas; pero tampoco la cicatería de Marcos Sigman que por negar, hasta se negaba a venderles los libros que tenía en su tienda. También es cierto que son todos ellos librereros del siglo xx y en sus vidas y en sus actitudes daban respuesta a las demandas de su época, que no son las de este siglo xxi. La mayor preocupación de los librereros de hoy en día no es el compromiso político, ni la censura²² sino la de cómo sobrevivir en un mundo dominado por las grandes superficies (los libródromos, que dice Mario Muchnik) y las gigantescas librerías virtuales. Hace unos pocos años se estrenó la

79

17. Alberto MANGUEL, "Autorretrato de un lector", *Letra Internacional*, n. 76 (Otoño 2002).

18. Noel Riley FITCH, *op. cit.*

19. Alberto MANGUEL, *op. cit.*

20. Frances STELOFF.

21. OTAOLA, *op. cit.*

22. Lo que no quiere decir ni mucho menos que sean indiferentes al mundo que les rodea.

película de Nora Ephron Tienes un E-mail una comedia romántica donde, como suele suceder, tiene mucho más interés el telón de fondo que la tópica historia de amor que nos está contando. Y ese telón de fondo lo que reflejaba precisamente era la lucha, perdida de antemano, de la librera Kathleen Kelly (personaje al que da vida Meg Ryan), propietaria de una pequeña librería ("La tienda de la esquina") especializada en libros infantiles, donde se hace la Hora del Cuento y se conoce perfectamente el fondo con el que se trabaja, contra el cínic y todopoderoso Joe Fox (personaje encarnado por Tom Hanks) propietario de una cadena de grandes librerías que está obligando a cerrar a todos los pequeños negocios de la competencia. A esta lucha se refiere precisamente Alberto Manguel cuando escribe: "Las librerías virtuales, como amazon.com, proponer millones de libros en sus catálogos, como así también pantagruélicas listas de best-sellers en la que todo el libro recibe su posición día a día todo autor puede ufanarse de ser, por lo menos por veinticuatro horas, el best-seller número 1.925.324. Las librerías llamadas de 'gran superficie', esos supermercados del libro, propone de manera un poco más modesta la misma colosal y aparente abundancia. Digo aparente, porque estos supermercados, si bien ponen al principio de sus carreras todo tipo de libro a disposición de su cliente, esperan hasta que las pequeñas librería, cuyo lugar usurpan, mueran de inanición y luego eliminan calmamente de sus estantes los libros de ventas pobres, ofreciendo finalmente poco más que los consabidos best-sellers"²³.

80

Después de todo este recorrido, la pregunta que queda en el aire es ¿pero realmente son importantes las pequeñas librerías? Y la respuesta es que sí. Sí porque son parte del tejido cultural de una ciudad, porque son lugares donde se facilita el encuentro entre libros y lectores y, sobre todo, porque como dice Gabriel Zaid, en este mundo del libro, tan enorme, tan tendente al caos, cada vez es más importante crear constelaciones que le den significado y ésta es la tarea que tenemos encomendada los librerios y los bibliotecarios. "Un libro perdido en el caos, está perdido sin esperanza alguna...por eso la exigencia fundamental de la oferta al lector (en una librería, en una biblioteca, en una editorial) es que el conjunto sea informativo por su propia forma: que tenga un perfil definido donde esté claro qué encaja y qué no encaja. Un perfil definido llama la atención por sí mismo y orienta al que busca. Ahí está el secreto de la imantación que producen ciertos conjuntos: los buenos conjuntos rescatan los libros perdidos en el caos... Las constelaciones bien organizadas no sólo crean valor agregado, suben de nivel la vida intelectual. La creatividad del editor, librero, bibliotecario, antologador, crítico, maestro hace con las obras que no son suyas lo mismo que el autor hace con las palabras que no son suyas: conjuntos significativos y atractivos. Sin esa capacidad de organizar constelaciones que animen la vida personal y social, todo se vuelve ruido, desolación, basura"²⁴.

23. Alberto MANGUEL, *op. cit.*

24. Gabriel ZAID, *op. cit.*